



 Ferran
Torrent Memorias
de mí mismo

DESTINO

Memorias de mí mismo

Ferran
Torrent

Traducción de Pau Sanchis

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1598

Título original: *Memòries de mi mateix*

© Ferran Torrent, 2023

© Columna edicions, llibres i comunicació, S.A.U.

© de la traducción, Pau Sanchis Ferrer, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull.

**LLLL institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

Primera edición: febrero de 2023

ISBN: 978-84-233-6287-5

Depósito legal: B. 472-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1968

Los gestos y las palabras nos definen, pensó Ramon con una media sonrisa enojada mientras observaba cómo Joan y Miquel se peleaban por una letra después de hacer una pintada en la fachada del cementerio del pueblo. «Vixca la Republica» había escrito con trazos firmes y decididos Joan, que contemplaba satisfecho las letras enormes y gruesas de su primera obra clandestina; justo cuando Miquel, un joven incapaz de gestionar sus emociones y que no se quitaba de encima un pánico ancestral, litigaba con él y argumentaba que *Vixca* llevaba una ese y no una equis. ¿Que por qué estaba tan seguro?, pues porque había ido a un cursillo de valenciano en Lo Rat Penat, asociación cultural fundada en el año 1878 por Constantí Llombart, un escritor local que, probablemente, también habría tenido la duda ortográfica; el acento olvidado en *República* ni lo mentaban. Y eso también los definía, pero Ramon resolvió no decir nada porque su misión —y su ideología— era otra: mantenerse al acecho, en aquella noche oscura y fría de febrero, por si se presentaba de repente la pareja de la Guardia Civil que, confiada en que el orden continuaba inalterable, se paseaba con calma tediosa durante cada ronda nocturna.

La idea de la inocente pero insólita acción en el

pueblo había empezado por la mañana, cuando Joan había citado a los otros dos en el taller de muebles a las nueve y veinte, diez minutos antes de que sonara la campana que advertía de que era la hora del almuerzo.

Quince minutos antes, el encargado, el señor Pla, un hombre largo y delgado como un pino, enérgico por su carácter pero también por exigencias del trabajo, había informado a Joan de que el alcalde se había muerto. Se lo dijo un instante después de amonestarlo por intentar remachar con pulcritud de profesional la pieza que intentaba encajar esforzadamente. Se trabajaba a destajo —a tanto el mueble acabado, ganancia que se repartía entre todos— y no podían perder el tiempo con mandangas, palabra que también definía a un encargado de producción emperrado en buscar atajos más beneficiosos.

—Anoche, de madrugada, falleció el alcalde.

Se lo dijo con pesar. Una autoridad local de este tipo no se moría a menudo, y había que transmitirlo con el tono adecuado.

Joan se esforzó por disimular el impacto de la noticia sin dejar la tarea. Siendo hijo de un represaliado socialista, y por lo tanto heredero sospechoso, asintió con un movimiento de la cabeza apenas perceptible.

—¿Me has oído? —insistió el señor Pla.

—¿Estaba enfermo?

—Pobre hombre, no se quejaba de nada. Parece que ha sido el corazón.

¿El corazón? Si no tenía, habría querido contestarle, pero no estaba capacitado para el rencor. En vez de eso, Joan continuó atornillando con constancia. No le apetecía mostrarse tristemente sorprendido y, además, no habría dominado el sentimiento con la sinceridad necesaria.

—¡Déjalo, por el amor de Dios! Utiliza el martillo.

—Hombre, hay que hacerlo bien.

—¿Es que no ves que lo hacen así todos y en todos los talleres? Los muebles tienen que salir —levantó el tono el señor Pla, mostrando su cara más autoritaria.

—Como usted diga, pero...

—No hay peros. No hiles tan fino y date prisa.

Mientras el encargado se encaminaba hacia el pulimentado, Joan siguió utilizando el destornillador hasta que los tornillos quedaron bien sujetos. En casa, sus padres, personas de escasa cultura y zarandeadas por las condiciones sociales, le habían enseñado a ser meticoloso en el trabajo, porque era el único patrimonio de los que no disponían de nada más. Hoy en día, sin embargo, la gente se parece más a su tiempo que a sus padres.

Cuando encajó la pieza en la última silla de las seis que completaban el juego de comedor, Joan se acercó a Ramon. Le dijo que a la hora del almuerzo le daría una gran noticia. Aunque lo oyó, Ramon no levantó la cabeza de la tupi, una máquina de combar muy peligrosa que no permitía ninguna distracción. De hecho, no era raro encontrar un tupinero al que le faltaran uno o dos dedos. Como era joven y la rutina todavía no le había afilado la distracción, por ahora los conservaba todos y no era uno de esos hombres que andaban por la calle con las manos en los bolsillos para evitar que los identificaran como tupineros, sobre todo en los clubes de baile de los pueblos o en las *boîtes* (posteriormente discotecas) de la ciudad; aunque, tarde o temprano, el defecto era indisimulable. También avisó a Miquel, pero por señas, ya que este trabajaba de auxiliar del contable y el despacho era un habitáculo elevado rodeado de cristal.

Los trabajadores se sentaban en la puerta del taller con las fiambreras o los bocadillos, con vino a granel embotellado en la cooperativa o con agua en un botijo que iba de un lado a otro de la fila. La jornada laboral se detenía durante media hora.

Los tres se sentaron en el suelo. Miquel en cuclillas, porque trabajaba en el despacho y bajo ningún concepto podía ensuciarse la ropa. En cierto modo, los empleados de la administración eran la imagen de la empresa, por su relación con los clientes y los proveedores. Se situaron en una punta, un poco alejados del resto, pero dando naturalidad a la conversación.

—Así que se ha muerto el fascista —repitió Ramon las palabras que previamente había pronunciado Joan.

—El amo no nos ha dicho nada —dijo Miquel.

—Los amos nunca nos dan buenas noticias. —Ramon mordió con ganas el bocadillo de longaniza con habas fritas—. Tendremos que celebrarlo.

—Eso quería comentaros. Mirad —Joan bajó la voz—, mañana, para el entierro, seguro que nos convoca la banda. Supongo que con el uniforme de gala. He pensado que podríamos llevar a cabo una acción.

—¿Qué quieres, interpretar *La internacional*? —Ramon, con sorna.

—Hombre, no soy tan idiota. Vendrá todo el pueblo e incluso gente importante de Valencia. Podríamos...

—No, no... No te precipites. —De un salto, Miquel se puso de pie de espaldas a los demás trabajadores, como si quisiera evitar que se filtraran las palabras—. Sea lo que sea lo que hayas pensado, no digas nada ahora. Lo hablaremos en el casino.

—Eres un cagado, Miquel. —A Ramon le caía

un poco de aceite por la comisura de los labios. Se lo limpió con la manga del mono. Echó una ojeada hacia la izquierda—. Nadie oye nada. Compruébalo tú mismo.

No lo comprobó. Dejándose llevar por su ansiedad miedosa, dijo:

—Me voy, que tengo mucho trabajo. Además, ya sabéis que casi nunca almuerzo y no tiene ningún sentido que esté aquí.

—Ay, los señoritos de la administración...

—Ramon, no lo pinches. —Joan, poniendo paz.

En parte, Ramon tenía razón. Ninguno de los otros prestaba atención. Las conversaciones trataban sobre la producción a destajo, los beneficios extras que sacarían, los últimos resultados del fútbol, la muchacha que habían conocido en el pueblo de al lado y las palabras procaces que se derivaban de ello... Sin embargo, siempre había alguien que aspiraba a ganarse la confianza del amo: Eugenio Puchades, trabajador de la madera, ahora pequeño empresario de éxito que, tras subir algunos grados en la escala social, se había significado como un hombre fiel al régimen y a los principios más elementales de la doctrina católica. Puchades agradecía cualquier confianza que permitiera prever la más mínima grieta tanto en el buen funcionamiento de su taller como en la paz y el orden que por fin se había impuesto. Sí, eso era: el orden que propiciaba que todo funcionara, que nunca se quebrara el ambiente pacífico en el que la gente progresa y es feliz. Él aportaba su granito de arena.

—Es mejor que lo hablemos en el casino —admitió Joan—. Allí será más fácil comentarlo. No conviene hacer corrillos en el taller.

Y dio el primer mordisco al bocadillo de tortilla de

patatas y tiras de pimiento rojo que su madre le preparaba antes de que él se levantara, a primera hora de la mañana.

—Muy bien, aplazaremos los comentarios. Ahora que Miquel se ha ido, ¿qué idea tienes en mente?

Joan miró a uno y otro lado, aunque no había nadie a su derecha.

—Una pintada.

—¿Una pintada? —Ramon detuvo el bocadillo a un centímetro de la boca—. ¿Una pintada?

—Coño, no levantes la voz.

—¿Así pretendes tumbar el régimen? —resopló con una mueca de desprecio—. Venga, acércame la botella de vino.

Se la pasó después de pedírsela al compañero de la izquierda, quien se la dio sin pensar, concentrado en una discusión futbolística con otro grupo.

—Ramon, es la primera acción que se hará en el pueblo. Será un escándalo, se hablará en toda la comarca.

—¿Por una pintada?

—Por ser en un día tan señalado. —Miró otra vez a un lado y a otro—. Es el entierro del alcalde, vendrá mucha gente importante, incluso periodistas. Puede que los periódicos lo publiquen.

—Los periódicos no publican nada de eso. ¿O es que crees que vivimos en un país libre?

—Sí, sí, no lo harán, pero conseguiremos que se den cuenta de que hay lucha, de que no nos van a callar. La gente hablará. No es una mala idea.

—Claro, porque es tuya. —Comió, bebió a morro de la botella de vino—. ¿Y qué pintada harás?

—Haremos. ¿O no quieres venir?

—Pues claro, Joan, no me perdería una acción tan espectacular.

—Ya sé que para ti no es gran cosa, pero ya verás la sorpresa que causará. Será como una advertencia, una señal de que estamos dispuestos a luchar, a no rendirnos.

—Supongo que por alguna parte hay que empezar la revolución. En la Unión Soviética estarán muy satisfechos. ¿Y la pintada?

—Muy grande, en la fachada central del cementerio. Todos la verán.

—No me has entendido. ¿Qué pondrá?

—No lo sé. —Joan, nervioso—. Debo pensarlo.

—A mí se me ocurren algunas cosas.

—Ni lo sueñes. Ya conozco tus ideas. Además, tal vez sabrían que eres tú.

—Las he hecho en otros pueblos. Incluso...

—No quiero saber nada. No me lo cuentes.

—Joan, ¿es tu primera pintada?

—Sí.

—Procura sorprenderme.

—Me parece que eres demasiado exigente. Con cualquier pintada se armará un buen pollo. Ya pensaré algo.

—Eso, piensa. Pensar es un acto de sabotaje contra el poder, cualquier poder.

A veces, a Joan le molestaba que Ramon fanfarroñeara así. Ya había conocido a otros que hablaban mucho en la barra del bar pero nunca hacían nada, ni siquiera una pintada. Reconocía que era osado (no en vano había elegido trabajar con la tupi), aunque le fastidiaba la simplicidad con la que veía las cosas. Quizá porque Ramon, y eso para Joan era determinante, no había sufrido la prisión de un padre durante siete años. No estaba coaccionado por el ambiente familiar de la desgracia, por un pavor que en cambio a él lo perse-

guía incluso de noche cuando, a veces, se despertaba por culpa de una pesadilla de hijo de proscrito. Pero había decidido quitarse de encima el dolor que lo abrumaba. Una pintada podía no ser nada comparada con el sacrificio de otros, pero para él suponía romper la pasividad que hasta ahora lo había atenazado. No quería preocupar a sus padres, que tanto dolor habían acumulado, pero tampoco podía dejar pasar los años contemplando la vida desde una posición conformista. Porque a él, en definitiva, todo le funcionaba. Tenía un trabajo, amigos, juventud, salud, una familia. ¿Qué más podía pedir? Nada para un hombre humilde, pero luchamos contra nuestras inseguridades, dudas e inevitables contradicciones sin ser conscientes de ello. Joan no era consciente, pero anidaba en él la necesidad de resarcirse cuando pensaba en su padre y cuando, por todas partes, solo veía sumisión. ¿A esto lo llamaban paz y orden? Sonó la campana que indicaba que se retomaba la jornada laboral, el momento en el que todos los operarios apuraban con avidez los cigarrillos para volver a sus puestos. El encargado encendió la radio del taller, un aparato de marca Iberia muy potente cuyo ruido flotaba por encima del de las máquinas y llegaba a todas partes excepto a la sección de pulimentado, separada del resto del local por unas gruesas cortinas de plástico. Rafael Conde, el Titi, cantaba *Noche de fallas*, destinada a una tal Matilde Pons, residente en Massanassa, en el programa «Discos dedicados» de una emisora regional, a petición de su prometido Pascual, del mismo pueblo, en el día de su cumpleaños.